

tiguar que el agricultor inglés es tan hospitalario como el de los Estados Unidos, lo cual es bastante decir. En cierta ocasión levantamos nuestra tienda en la granja de un inglés de voz tan suave y pastosa como la espesa crema, y cabellos tan rubios como los reflejos del sol en las ondulantes espigas de un campo de trigo maduro. El y su esposa pertenecían al Salvation Army, y sostenían escasas relaciones con los aldeanos conformistas de los alrededores. Eran tan piadosos como el padre Eneas; y se mostraron extremadamente benévolos para con nosotros durante dos largos días de lluvia en que nos vimos obligados a permanecer en la tienda por un desperfecto del motor. La primera noche que acampamos allí vinieron a vernos mientras yo me ocupaba en disponer la cena.

El labrador era hombre de pocas palabras, lo cual era una lástima, pues con su voz habría podido ser un bardo. La poesía lírica habría adquirido entonces deleitosas en sus labios. Pero se contentaba con decir: «Oh, sí»; y con esto expresaba muchas cosas. Con una ligera inflexión lo convertía en pregunta, en exclamación o en respuesta. Podía explicar el universo entero con estas sílabas, y apenas necesitaba de la mímica.

Su mujer, que al instante me llamó «querida mía», era madre solícita de media docena de chiquillos. Vivían en una pequeña habitación, compuesta de cuatro paredes bajas que encerraban una inmensa chimenea, y situada en un reducido patio con una cerca que le separaba del prado. En el interior crecían en abundancia rosas y malvas, entremezcladas con guisantes y berzas. Afuera, donde habíamos levantado nuestro campamento, extendíase abierta dehesa de una hermosa vaca, sana y lustrosa, con un becerrillo manchado de extravagante colores. En una charca del prado se criaban salamandras; y los granjeros, que las creían venenosas, se mostraban estupefactos de ver que Jim, que entiende algo de biología, las tomaba descuidadamente entre sus manos.

Cuando supieron que nos interesaban los seres silvestres, nos llevaron a recorrer su esmeraldino prado y enseñarnos la cosa más linda y preciosa de que tenían noticia, su tesoro de tesoros, por el momento. En un declive cubierto de hierba se arrodilló el labrador y metió el brazo en un agujero, que jamás habríamos sospechado que existiera. Con aire de placer contenido extrajo un conejito silvestre, luego otro y otro, hasta que cada uno de los chicos tuvo entre los brazos un asustado, sedoso y agazapado animalito. Les pasamos revista a todos, acariciando suavemente las oscuras y

afelpadas orejitas. En seguida, el labrador volvió a internarlos cuidadosamente en su nido subterráneo. No estarían allí mucho tiempo, dijo. Pronto los descubrirían los cazadores furtivos.

Su mujer cogió para nosotros un puñado de sencillas flores silvestres y un manojo de esbeltas centinodias que, según nos dijo, se conservarían frescas durante todo el invierno. Y, de regreso a la tienda, entró a su casita y volvió trayéndonos un rollo de reluciente manteca en una ancha hoja verde. Cuando nos sentamos a cenar aquella noche sobre el césped, frente a la apetitosa manteca y nuestra dorada hogaza, pensamos que la expresión mejor de gratitud consiste en hacerse dignos del obsequio. Dormimos una noche más en aquel prado del Sómer-

EL CONVIVIO

ULTIMAS EDICIONES

M. Magallanes Moure: *Florilegio*.

Con prólogo de Pedro Prado. 134 páginas en octavo y dos grabados..... 0.50 oro am.

Isaías Gamboa: *Flores de Otoño* y

otras poesías. 184 páginas en octavo y dos grabados..... 0.75 oro am.

EN PRENSA:

Juana de Ibarbourou: *El Cántaro fresco*.

Oscar Wilde: *De Profundis*.

set, y a la mañana siguiente emprendimos de nuevo el viaje. La buena madre nos despidió con estas palabras:

—No dejen de avisarnos si vuelven otra vez por este lado, para que mi marido los atienda.

Y el marido, de pie junto a la puerta, añadió: —Oh, sí.

Era placentero saber que habíamos sido huéspedes agradables, y nos complacía también el haber librado a la familia del temor de las salamandras. Muchas veces hemos observado ideas que rayan en superstición acerca de las cosas ponzoñosas, no habiendo razón alguna que pueda justificarlas.

Cuando estuvimos de excursión en el Canadá cierto verano, nos dijeron que «hacía daño» bañarse en uno de aquellos ríos, porque las aguas eran «venenosas». Este río estaba alimentado por fuentes y arroyuelos; salmones y truchas, que no vivirían en aguas contaminadas, encontrábanse allí en abundancia; y, sin embargo, los pescadores se abstendrían de tomar un baño por temor de envenenarse.

Nos aconsejaron que no lo hiciéramos; pero el tiempo estaba muy caluroso, y rehusamos atender sus consejos. Día tras día nos lanzábamos a nadar en el río, y no nos envenenamos. Al cabo, cierto día muy cálido, los hombres se arriesgaron a hacer la prueba. Endosaron sus trajes de baño, se metieron en el agua, y salieron con mejor cara. Ninguno, que sepamos, se había envenenado. Supongo que nosotros rompimos el maleficio.

Uno de estos pescadores, viejo muy versado en las tradiciones de la selva, y que había cazado en sus tiempos muchos osos y renos, estaba dotado, a su manera, de tacto tan exquisito como el héroe de *A Hundred Collars* (Un centenar de cuellos), por Robert Frost. Se supone que el tacto es virtud — o vicio — de los letrados; pero este individuo era un ejemplo de que también lo poseen innato las gentes sin educación.

Sabía que Jim estaba ansioso por pescar un salmón y que hasta entonces no había sido afortunado, a pesar de que había muchos en el río. No era posible descubrirlos desde la orilla a causa de los movedizos reflejos de las ondulaciones del agua; pero encaramándonos a los árboles y mirando el fondo del río se divisaban largas manchas de gris plateado sobre la suave arena del cauce.

Una mañana el viejo pescador tomó su viejo bote, se armó de su vieja caña de pescar y de la rueda nuevecita de Jim, y se instaló por varias horas, caña en mano, en un tranquilo remanso. De repente, ¡una sacudida! El viejo comenzó a maniobrar con el pescado, fingiendo que lo hacía con dificultad. Sabía que Jim estaba observándole desde la orilla. Hizo señas como pidiendo ayuda; y mientras sacudía a su presa hacia adelante, hacia atrás, y en redondo, Jim, respondiendo a su llamada, saltó en nuestra canoa, avanzó hasta más arriba de donde se encontraba el pescador; dejó de remar y permitió que la canoa siguiera con la corriente hacia el bote de él. Pasó en seguida a la embarcación del viejo, impulsando la canoa hacia la derecha, donde sabía que quedaría sujeta por un botalón de madera, y se puso a remar, dirigiendo el bote a la playa. Cuando saltaron al río con el agua hasta los muslos, el salmón se debatía aún, azotando y revolviendo a su paso las «venenosas» aguas del río.

—¿Puede usted engancharlo?— preguntó el viejo a Jim, mientras comenzaba a hacer funcionar la rueda. Probablemente había pescado centenares de salmones en su vida, pero pretendía necesitar auxilio.

—Ensayaré,—dijo Jim, con gran excitación,—aunque nunca lo he hecho en mi vida.